

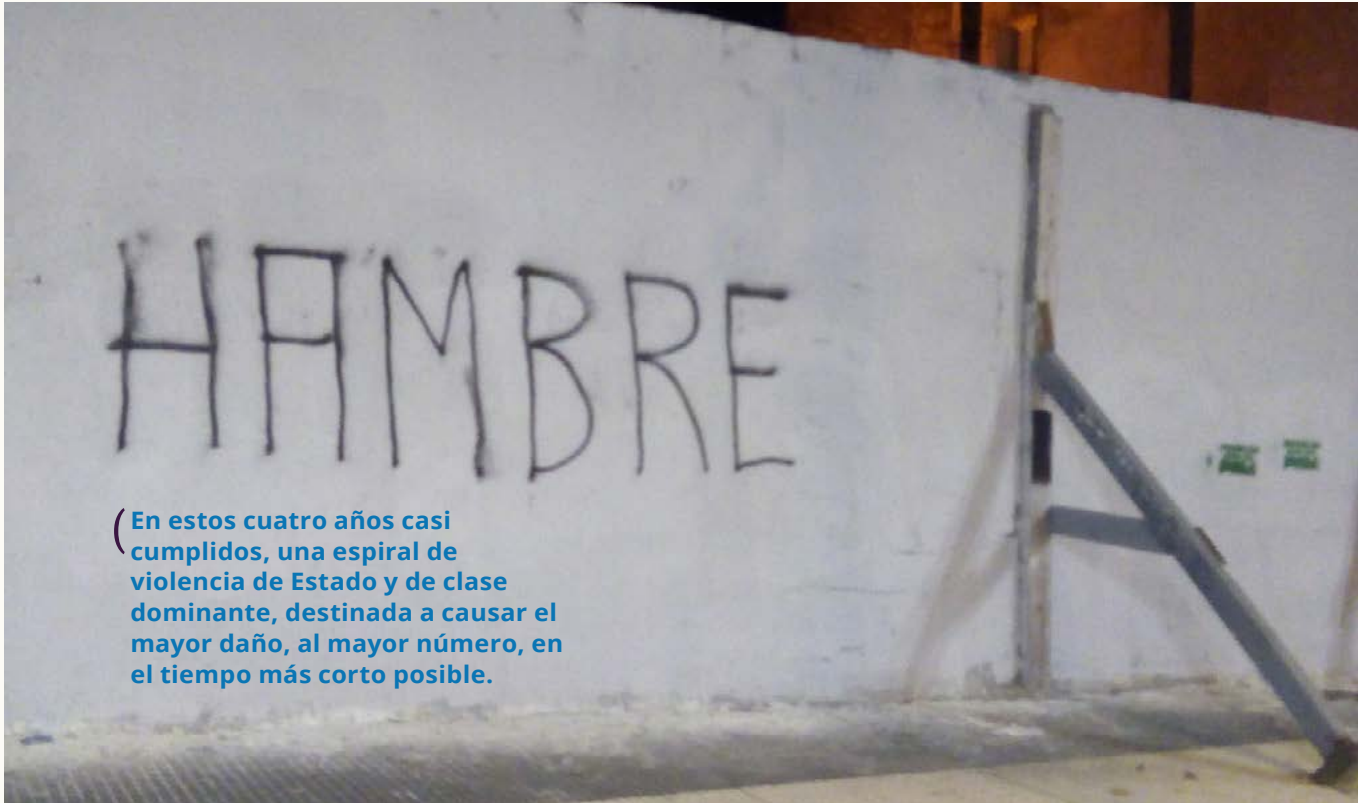
EDITORIAL

EL MAYOR DAÑO

En retirada. Por acumulación de protestas comenzadas en el propio diciembre de 2015, como la resistencia de las Madres (estigmatizadas primero y acompañadas después, para no variar la historia que las constituyó en el *rayo que no cesa* de nuestra sociedad); como el acampe de la Tupac y otras organizaciones frente a la casa de gobierno de Jujuy, “resuelto” con la prisión de sus integrantes, once de los cuales permanecen preso/as hasta hoy; como la asamblea de operarios de Cresta Roja en la autopista, reprimida con clara intención de amedrentar a esos y muchos más trabajadores que pretendieran el camino de la lucha para defender sus derechos. Tres imágenes, primeras en una interminable sucesión de reivindicaciones y castigos, que inauguraron la era de un tiempo angustiante

y de múltiples retrocesos.

En retirada. Por un grito, un corte de calle, un basta de implacable presencia expresados en el voto popular, hace apenas unas semanas. En el medio, entre aquel diciembre con reclamos tempranos y este agosto madurado en las armas y creencias de la institucionalidad democrática, todo un arco de movilizaciones, re-agrupaciones sectoriales, prácticas resistentes novedosas fraguadas en/con la masa madre de la experiencia popular, intergeneracional. En el medio, en estos cuatro años casi cumplidos, una espiral de violencia de Estado y de clase dominante, destinada a causar el mayor daño, al mayor número, en el tiempo más corto posible, aunque con insondables prolongaciones para la vida social del país.



HAMBRE

(En estos cuatro años casi cumplidos, una espiral de violencia de Estado y de clase dominante, destinada a causar el mayor daño, al mayor número, en el tiempo más corto posible.

(El mayor daño para el mayor número de personas tiene calificaciones en el Código Penal, y una profunda condena en los sufridos saberes del pueblo.

Se van y dejan su estela depredadora, donde nada hay que no podamos reconocer como violencia institucional.

Balas sobre niños y niñas, en la murga, en la ruta del pueblo, en la villa, en la calle del supermercado. Gases, balas sobre personas mayores armadas con barbijos de algodón en la Plaza del Congreso. Balas y persecución sin tregua sobre manifestantes mapuches y un amigo solidario, convencido de su lucha hasta sufrir desaparición forzada y muerte, como poco antes les había ocurrido a otros mapuches; y antes aún, a miles de miles.

Patadas e insultos y detenciones arbitrarias sobre mujeres de aspecto “no convencional” tras las grandes manifestaciones del Ni una menos. Patada sola –porque alcanza para terminar una vida- contra el pecho de un hombre apenas parado sobre sus pies, quieto, con manos juntas

a la espalda, como si ya estuviera entregado o como la tradición dice que el respeto le habla a la “autoridad”. Cacheo, apretón, manoseo sobre chicas y chicos jóvenes porque es una pinza, un procedimiento, un allanamiento, un piquete de uniformados en cada esquina de la ciudad para que a nadie se le ocurra filtrar otra manera de vivir, de cuidar, de estar.

Cabezas de maestros aplastadas por la bota policial contra las baldosas cuadrículadas, porque el acto no tiene permiso. Apercibimiento, detención, porque dio de mamar en la plaza, porque besó en la estación, porque regaló verdura, porque fumó en el subte, porque robó una herramienta al gran súper para poder trabajar, changuear. Cárcel de castigo, paliza, sobredosis impuesta porque la presa gritó por la compañera apaleada, porque hicieron asamblea de pabellón un 8 de marzo, porque pidieron médico. Tortura y simulacro de fusilamiento para que no le pierdan el miedo a los del puesto de Prefectura, baile porque dijeron “derecho”, “respeto”, “organización”, con gorrita y mucha juventud.

Tiro al blanco humano porque robó, y huyó, y con 17 años, quería sacar fotos. Porque defendió su tierra y con 22 años corría hacia el bosque buscando una chance para protegerse.

Estallido de personas –enteras, solidarias, trabajadoras– en el lugar de aprender y de la taza de leche caliente en pleno agosto para cientos de pibes del suburbio. Negligencia planificada por el ajuste, que es lo mismo que decir: premeditación y alevosía.

Se van y dejan el hambre en cada boca, el frío, los años sin escuela como un *parasitempre* del cuerpo aunque se pueda lograr otro futuro; y dejan la atención primaria (¡primaria!) en salud fuera de alcance, el miedo multiforme a salir (por ejemplo, a la calle, al pasillo), a entrar (por ejemplo, a la universidad porque no es para uno/a), a tuitear, a migrar y construir algo mejor, a tener nombre árabe, a la clase abierta en defensa de la educación pública. Se van y no dejan trabajo en qué emplearse, lugar donde refugiarse por las noches, ciencia y técnica con que inventar

soluciones de aquí para lo/as de acá.

Se retiran y dejan la negación de la desaparición, un sí al genocidio que los pinta sin más.

Dejan la descomunal deuda, toda estafa y beneficio para sus empresas, y se van. Soberanía olvidada, y parten. Billetes con animalitos donde, contradictoria, cabía la historia del país. Y chau.

Claramente, y aunque intenten resistir la entrega de los atributos simbólicos del poder democrático, se irán. Pero son responsables.

Si la prioridad hoy es expulsarlo/as del gobierno del Estado con la alianza política que permita aumentar todavía más la tendencia que nos alivió en agosto, el siguiente paso deberá contemplar que el mayor daño para el mayor número de personas tiene calificaciones en el Código Penal, y una profunda condena en los sufridos saberes del pueblo.

Se van y lo que dejan habrá que recalcularlo, remediarlo, ponerle fin. Será necesario recuperar y ampliar las prácticas populares del control de las fuerzas de

seguridad para poner en otro paradigma la "obediencia" uniformada: cumplir una orden (cumplir con un orden), que para sí mismo/a –gendarme, policía, prefecto, guardiacárcel– sea dignificante, humano, transformador hacia el mayor bien, para el mayor número y la más vasta diversidad de sujetos sociales. Verse en comunidad de iguales. Sentirse responsables por los demás, por mí, por mis manos y lo que hacen, por mis pensamientos y lo que permiten, por mis sentimientos y lo que amparan.

"Se van porque luchamos (y votamos) y el oxígeno va volviendo a los pulmones. Después de octubre, empezará otra historia que nos reclamará lúcido/as y aprendido/as por tanta violencia recibida y tanta dignidad entregada en el empuje para que se vayan.